

## Artículo de Reflexión

# El historiador y sus retos\* |

Historians and their challenges

*Francisca López Civeira*

Para quienes ejercemos el oficio de historiadores constituye una labor cotidiana el manejo de diversas fuentes históricas como las bibliográficas, las publicaciones periódicas y, especialmente, los documentos de archivo a los que se les atribuye una función probatoria fundamental. Actualmente es notable la ampliación y diversidad de las fuentes para el trabajo histórico cuya validez es aceptada, entre las que han alcanzado un lugar de privilegio en tiempos recientes las orales, lo que implica la aplicación de técnicas adecuadas a su naturaleza. Sin embargo, ¿cuántas veces nos hemos preguntado cuáles son los fundamentos teóricos de este oficio? Sin dudas, la historia requiere del trabajo empírico para el estudio de un proceso, coyuntura o acontecimiento específico, es decir, la investigación histórica concreta tiene sus requerimientos en la indagación de lo factual, pero esto resulta insuficiente si no partimos de conocer las características y bases teóricas del área del saber a la que nos dedicamos.

No me refiero a una Filosofía de la Historia cuyos puntos de partida y función son diferentes y, sobre todo, que se produce desde un área fuera de la Historia; hago referencia a los fundamentos teóricos de la Historia, que emanan del ejercicio de historiar y que parten del pensamiento de los propios historiadores para el desarrollo de su profesión. Sin basamentos teóricos, ¿Cómo nos podemos plantear los presupuestos metodológicos de nuestro trabajo? ¿Cómo definimos el cuerpo categorial que utilizamos? ¿Cómo asumimos nuestra interpretación histórica? ¿Cómo podemos entender nuestro propio oficio? Este problema, por tanto, tiene una importancia de primer orden para los historiadores, aunque no ha sido muy frecuente a lo largo del tiempo encontrar en nuestra historiografía un especial interés por adentrarse en este tipo de reflexión y sí por potenciar el trabajo empírico.

\* Recibido 26 de Marzo de 2007. Aprobado Junio 28 de 2008.

Como es sabido, el vocablo historia tiene dos contenidos: uno se refiere al devenir de los acontecimientos y otro a la escritura que se construye de esos acontecimientos; para decirlo con palabras muy conocidas y recurrentes: el doble contenido del término designa a la vez el conocimiento de una materia y la materia de ese conocimiento. Nosotros trabajamos con esa materia que es el contenido del conocimiento que producimos, por tanto, como suele decirse con bastante frecuencia, estamos hablando de la Historia con mayúscula. Quisiera insistir en la afirmación realizada: los historiadores producimos un conocimiento que se expresa por medio de la escritura de la historia.

Cuando abordamos un asunto teórico tendemos a buscar definiciones aclaratorias, sin embargo, si buscamos la definición de Historia encontraremos diferencias sustanciales. Como se ha hecho bastante usual en estos tiempos de navegación por Internet recurrir a la Enciclopedia Encarta para localizar de manera rápida los contenidos básicos que necesitamos, podemos leer en la Encarta que define Historia, en su sentido más amplio según aclara, como la totalidad de los sucesos humanos acaecidos en el pasado, aunque una definición más realista la limitaría al pasado conocido mediante cualesquiera que sean las fuentes documentales. De todos los campos de investigación, sigue diciendo Encarta, la historia quizás sea la más difícil de definir con precisión, puesto que, al intentar desvelar hechos y formular un relato inteligible de éstos, implica el uso y la influencia de muchas disciplinas auxiliares. Como se puede apreciar, reúne en una misma definición los dos contenidos de la palabra ya aludidos, pero quisiera destacar dos elementos: la fuente citada ubica historia, como conocimiento, en el pasado conocido mediante fuentes documentales y asume el tratamiento de ciencias auxiliares a aquellas otras disciplinas de que también se vale el historiador.

Otras maneras de definir la Historia o sus contenidos y función se encuentran en expresiones como “la Historia, maestra de la vida”, o la Historia como la reconstrucción de “lo que ocurrió en realidad” que recoge la frase de Ranke, o la Historia como juez del acontecer y las decisiones de los sujetos históricos, o la mirada a la Historia como explicación e interpretación de la sociedad humana desde el medular concepto de modo de producción, con las múltiples y complejas relaciones que este plantea, asumiéndola como un factor activo en la perspectiva de Carlos Marx.

Raymond Williams en su libro *Keywords. A vocabulary of culture and society*, publicado en 1990, se refiere a la historia del vocablo y sus contenidos para demostrar los cambios que ha sufrido a partir de las diversas maneras de asumir sus funciones a lo largo de siglos, lo que expresa, a su vez, las diferentes perspectivas teóricas e instrumentales respecto a la Historia, con lo que pone en evidencia que la Historia tiene también su propia historia en su aprehensión conceptual.

Pierre Vilar, en su *Iniciación al vocabulario del análisis histórico* publicado en 1988, establece la dicotomía en la definición de la historia-materia y la historia-conocimiento a partir de las concepciones opuestas más generalizadas: para

unos, la historia-materia es esencialmente el mundo de las decisiones políticas y la historia-conocimiento es la explicación del hecho por el hecho, mientras que para otros la primera es el conjunto de los mecanismos de la sociedad y la segunda, es decir, la historia-conocimiento, es la explicación del mayor número posible de hechos a través del estudio del juego recíproco de las relaciones entre los hechos de todo tipo.

Puestos en este punto, cómo podemos recibir la afirmación de Jacques Le Goff en su Prefacio a *Tiempo, trabajo y cultura en el Occidente medieval* escrito en 1978: “La historia se hace con documentos y con ideas, con fuentes y con imaginación”.

Existe concordancia en reconocer a la Historia como la más antigua dentro de las disciplinas que integran las Ciencias Sociales. No faltan quienes se remontan a Herodoto como padre de la Historia, con su famoso “istoría”, es decir, “narraré, contaré”, luego entonces, ¿es la Historia una narración? De esto se desprende otra pregunta ¿es la Historia una ciencia? Si es así, habría que preguntarse qué la define como ciencia. Igualmente hay que preguntarse cuál es su lugar dentro de las Ciencias Sociales, en medio de la actual fragmentación que ha conducido a plantearse recursos como la multidisciplinariedad, la interdisciplinariedad o la transdisciplinariedad \_como búsqueda de superación de la mirada fragmentada que ya se aprecia insuficiente\_ o la coordinación y síntesis en el estudio de la sociedad, ya que todas las llamadas Ciencias Sociales o Humanas trabajan con la misma materia.

Finalizando el siglo XX, Immanuel Wallerstein, en el informe que coordinó bajo el título *Abrir las Ciencias Sociales*, se preguntaba qué tipo de Ciencia Social debemos construir ahora, al referirse a la búsqueda de la “objetividad” entendida como resultado del aprendizaje humano, que representa la intención del estudio y la evidencia de que es posible. En esta dirección señala: “Creemos que empujar a las ciencias sociales a combatir la fragmentación del conocimiento es empujarlas también en dirección a un grado significativo de objetividad”, y agrega “el hecho de que el conocimiento sea una construcción social también significa que es posible tener un conocimiento más válido”.

Los historiadores tenemos que plantearnos cómo construimos el conocimiento de la historia, cómo construimos nuestro discurso histórico, pues esto constituye un elemento esencial de nuestro trabajo, para ello es imprescindible apropiarnos de las herramientas teóricas de esa construcción; por otra parte, los finales del siglo XX e inicios del XXI han planteado retos insoslayables para ejercer nuestro oficio. En la última década del siglo pasado, Edgar Morin \_tan estudiado ahora (o simplemente citado) con sus planteamientos sobre el pensamiento complejo\_ escribía desde su perspectiva filosófica, en su libro *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*:

La historia no constituye, entonces, una evolución lineal dado que conoce turbulencias, bifurcaciones, desviaciones, fases inmóviles, estadios, períodos de latencia seguidos de virulencias (...). Es un enjambre de devenires enfrentados con riesgos, incertidumbres que involucran evoluciones, enredos, progresiones,

regresiones, rupturas. Y, cuando se ha constituido una historia planetaria, ésta acarrea, como lo hemos visto en el presente siglo (siglo XX), dos guerras mundiales y erupciones totalitarias. La Historia es un complejo de orden, de desorden y de organización. Obedece a determinismos y azares donde surgen sin cesar el 'ruido y el furor'. Tiene siempre dos caras opuestas: civilización y barbarie, creación y destrucción, génesis y muerte...

El final del siglo XX, sin dudas, planteó nuevas encrucijadas para los historiadores. Carlos Barros en su página de Historia a debate recoge parte de los temas de discusión hoy en el terreno teórico de la Historia. En la actualidad, en América Latina, han tomado fuerza determinadas vertientes teóricas y metodológicas en el quehacer histórico, así como corrientes historiográficas \_en lo que se aprecia la recepción, a veces tardía, de las distintas generaciones de la corriente conocida como Escuela de Annales; de este modo se hace "historia social" o "historia cultural" o se trabaja el imaginario, la cotidianidad y otros modos de acercarse al estudio de nuestras sociedades desde perspectivas específicas o globalizadoras. Para definir mejor nuestro trabajo, para ejercer la crítica \_entendida en el sentido martiano de ejercicio del criterio\_ de la producción historiográfica, para realizar nuestro oficio, resulta imprescindible acercarnos a estos temas, asumir la necesidad de adentrarnos en los problemas teóricos que conciernen a nuestro campo de producción intelectual.

La entrada en el siglo XXI ha planteado retos a los historiadores que están en el debate contemporáneo. Uno de ellos concierne al conjunto de las Ciencias Sociales o Humanas en su fragmentación creciente ya apuntada, otro se refiere a la crisis de paradigmas que acompañó a los sucesos acaecidos en los finales de la década del ochenta y principios de los noventa y que también afectó a las Ciencias Sociales en general.

Las diversas disciplinas que se agrupan bajo la denominación de Ciencias Sociales se ocupan de la sociedad humana a partir de sus perspectivas particulares, que se han dividido y subdividido en múltiples campos de especialización, fragmentando el estudio de esa realidad que, en definitiva, es la misma para todos. En concordancia con las distintas especializaciones, los discursos se construyen desde los propios fundamentos particulares. Tal fragmentación en el estudio de una misma materia ha planteado dificultades teóricas y metodológicas para la aprehensión de la sociedad, de ahí que, en la búsqueda de instrumentos más eficaces para el conocimiento, aparezcan cada vez con más frecuencia combinaciones de diferentes tipos entre estas disciplinas. De estas combinaciones surgen la Antropología Histórica, la Sociología Histórica, la Psicohistoria, la Etnohistoria y otras diversas variantes \_que pueden ser infinitas\_ en la necesidad de encontrar el camino que supere la apropiación segmentada de lo social.

Desde la propia Historia como conocimiento se ha puesto en la picota las posibilidades de una Historia total, a partir de las separaciones construidas de lo económico, lo político y lo social que heredamos del siglo XIX y que, en la medida en que se abren nuevas perspectivas en cuanto a los objetos de estudio,

establecen nuevas barreras aún dentro de tales “especialidades”. El alto nivel de especialización ha supuesto también una importante fragmentación dentro de la propia disciplina, lo que se expresa en la construcción del discurso histórico.

La tendencia actual a la inter, multi o transdisciplinariedad es un intento de romper con la fragmentación dentro de las Ciencias Sociales, de buscar formas de integración en el estudio de una misma materia, por lo que la Historia es parte de ese propósito integrador. Sin embargo, habría que contemplar esa integración también al interior de la propia disciplina para ser coherentes.

Diversos teóricos o estudiosos de estos problemas se han planteado la necesidad de ir a la integración dentro de las Ciencias Sociales. Como decía en otra parte de este trabajo, el informe coordinado por Immanuel Wallerstein plantea que combatir la fragmentación es empujar a las Ciencias Sociales a “un grado significativo de objetividad”, “insistir en que las ciencias sociales avancen hacia la inclusividad (...) es tender a aumentar la posibilidad de un conocimiento más objetivo”. Se habla entonces de una reorganización o reestructuración de estas ciencias en nuestra contemporaneidad que incluye la reestructuración a nivel institucional. En este sentido, la concepción de los programas de estudio para la formación académica de nuestros científicos sociales y la propia estructuración de las disciplinas constituyen retos de primer orden.

El mexicano Carlos Aguirre Rojas, uno de los pocos latinoamericanos que ha centrado el interés de su trabajo intelectual en estos temas, afirma la necesidad de “construir una nueva universalidad concreta de un distinto y renovado sistema de los saberes y de los conocimientos humanos”, cuya perspectiva sitúa en el nacimiento del pensamiento crítico contemporáneo, en el surgimiento del marxismo original que es, a través de Marx, un proyecto que representa el “último de los enciclopedismos universales” y a la vez, dice, el más riguroso y erudito de los esfuerzos intelectuales de una comprensión realmente matizada y concreta de la realidad.

La crisis de paradigmas se conecta con el debate contemporáneo acerca de las Ciencias Sociales, sus relaciones y su función, en lo que la Historia tiene un lugar central ya que su campo es la totalidad de la sociedad. La Historia, como el conjunto de las Ciencias Sociales, construye su conocimiento a partir de la perspectiva del investigador quien, inevitablemente, se encuentra anclado en su época, ha sufrido los embates de la crisis política, ideológica, en fin, múltiple, que acompañó la última década del siglo XX por lo que sus efectos se trasladan al campo científico y se expresa, entre otras cuestiones, en la crisis de la idea de progreso construida desde la Ilustración. Las dos grandes corrientes que hasta hoy transitan el trabajo historiográfico, expresadas básicamente a través de escuelas de diversas tendencias o combinaciones de ellas, es decir, el positivismo y el marxismo, mantienen en estas circunstancias sus tensiones a través de sus influencias y su presencia en distintas corrientes, con retrocesos y recuperaciones.

Aún cuando resulta casi ofensiva la clasificación de positivista para un historiador actual en muchos lugares, la persistencia del positivismo, en nuestros tiempos

en el llamado neopositivismo, es uno de los fenómenos recurrentes en el mundo y nuestra historiografía no escapa a ello. Entre esos rasgos heredados tenemos la manera de relacionar la Historia con el conjunto de las ciencias sociales, que aún hoy no pocas veces sigue manifestándose en la apreciación de esas otras disciplinas como “ciencias auxiliares de la Historia”, con lo que se reproduce la concepción positivista tan difundida en la obra clásica de Langlois y Seignobos.

De tal forma, la Historia estaría en el centro de las Ciencias Sociales y contaría con técnicas de esas ciencias cuya función se reduce a la de auxiliares. Otros rasgos como el de ver la función del historiador en el sentido de “reconstruir lo que ocurrió en realidad”, sosteniendo la argumentación de la historia como ciencia positiva, objetiva y, por tanto, ajena a la subjetividad del historiador, persisten dentro de esta disciplina, a veces de manera espontánea, pero otras en una afirmación consciente de enfrentar a aquellas perspectivas teóricas en el trabajo histórico que le reconocen un papel activo y transformador.

Carlos Barros ha mantenido su página bajo el nombre de Historia a Debate, en la que centra su atención en “la crisis de la historia”. Esto es expresión de la situación actual. En el inventario de Barros acerca de lo que llama “crisis de la historia y crisis de la escritura de la historia” que afecta a su práctica, su teoría y su función social, señala como “primera víctima” \_en lo que coincide con otros autores\_ el paradigma economicista, determinista y estructuralista. El determinismo especialmente ha sido el más cuestionado, con lo que se pretende deslegitimar al marxismo, sustituyéndolo por el caos. Se niega la racionalidad para propugnar la irracionalidad y la indeterminación.

No se trata aquí de explicar los orígenes de la obra de Marx, la presencia nociva del marxismo calificado como vulgar, dogmático, escolástico, estrecho y simplificador \_tan ajeno al propio Marx\_ ni de los marxistas que han desarrollado y enriquecido la teoría y práctica revolucionaria que emanó de Carlos Marx. Quizás sería pertinente solo apuntar que, en el debate contemporáneo, se ha producido un retorno significativo a Marx y a marxistas como Antonio Gramsci de manera creadora. Los problemas del poder y sus formas de ejercicio, de la hegemonía y sus diversas maneras de desplegarse en el conjunto de la sociedad, cuestiones indispensables para los científicos sociales hoy, han puesto sobre la mesa no solo los estudios de Michel Foucault sino también los aportes teóricos de Antonio Gramsci.

Creo que, como recuerda Barros, crisis tiene dos significados simultáneos: situación difícil y mutación importante, el mundo ha vivido \_y vive\_ una crisis en el sentido de situación difícil que ha impactado a los científicos sociales en la asunción de su propia ciencia, pero también vive un momento de cambio en el que las Ciencias Sociales abiertas al debate revisan su fragmentación y sus paradigmas, esperemos que para su enriquecimiento en tanto ciencias que estudian la sociedad humana, no solo en su pasado sino también en su presente y comprometidas con el futuro de manera activa. El pensamiento teórico de los

historiadores y su plasmación concreta en el trabajo empírico tienen que asumir estos retos y contribuir a su superación.

En los inicios del siglo XXI, en 2002, Josep Fontana escribía en *La historia de los hombres: el siglo XX, con razón*, que la teoría y el método no son los objetivos de nuestro oficio, “sino tan sólo las herramientas” que necesariamente empleamos. Desde ese trabajo llamó a un “nuevo tipo de historia total que nos permita entender los mecanismos esenciales de funcionamiento de la sociedad”, pues entiende la labor del historiador como el “intento de comprender mejor el mundo en que vivimos y de ayudar a otros a entenderlo, con el fin de que entre todos hagamos algo para mejorarlo.” Se trata, por tanto, de una mirada a la Historia como ciencia activa, cuya tarea de comprender e interpretar a la sociedad no es un simple ejercicio de amantes de lo pasado o lo curioso que este muestra, sino un oficio en función del presente de la humanidad.

Para abrir estas páginas a una reflexión creadora que impulse las propuestas de un trabajo histórico a partir de las urgencias de hoy, en tanto campo del saber que tiene como materia a la sociedad humana, he tratado de hacer algunos comentarios que intentan ser provocadores para nuevas aproximaciones acerca del oficio del historiador y, mejor aún, del historiador en su condición de científico social, no como el astro rey que ilumina al mundo sino como parte de ese trabajo múltiple que debe aproximarnos cada vez más al conocimiento totalizador del devenir de nuestra especie en su esencial condición relacional. El historiador no es un simple adorador del pasado. Reconstruir el decurso de la humanidad en toda su complejidad y múltiples (inter) relaciones es una tarea que hay que asumir mirando al presente y, sobre todo, al futuro.